

## TREINTA AÑOS DESPUÉS DE MI ENCUENTRO CON RAMÓN J. SENDER EN CALIFORNIA

María del Águila BOGE PINEDA\*  
Ex directora cultural de la Casa de España en Los Ángeles

La primera persona que me habló de Ramón J. Sender y su *Tesis de Nancy* fue el doctor Gerald Guidera, norteamericano de origen irlandés que había vivido en Alcalá de Guadaíra desde los años sesenta, dramaturgo y poeta a quien yo llamaba *el nuevo Blanco White*. Fue creador y director, junto con su esposa, Bárbara, del Center for Cross-Cultural Study de Sevilla, donde tuvo como alumno a Dan Brown, que tomó su apellido para el cardenal delegado de España en el Vaticano en su segunda novela, *Ángeles y demonios*. El doctor Guidera presentó hace pocos años en un teatro de Sevilla su estupenda obra *San Francisco non-stop*.

Entusiasta de Ramón J. Sender, Gerald me hizo un relato verbal de *La tesis de Nancy*, norteamericana que hacía unos cursos en la Universidad de Sevilla y, como tantos otros, vivía en Alcalá. El tópico temático de gitanos y tabernas no me animó a leerlo.

De don Ramón no volví a saber hasta que, como directora cultural de la Casa de España en Los Ángeles, estuve en contacto con intelectuales hispanos que le habían conocido y me hablaron de él. Por consejo médico vivía entonces en San Diego, cuya Universidad le había otorgado el doctorado honoris causa.

Rosa Elvira Álvarez, poeta panameña que participaba en mis programas culturales, se empeñó en que yo tenía que conocerle. A ella le había prologado su libro y seguramente prologaría el mío también, ya preparado para imprenta. Y, a pesar de mi reluctancia, me puso en contacto con él. Por teléfono quedamos en que yo le enviaría mi primer libro junto con el borrador del que debía prologar. Un par de semanas después me llamó y me citó en su casa para una entrevista preliminar.

---

\* MABUGEP@terra.es

Fijamos fecha y hora: dos días más tarde, en sábado, cuando yo no trabajaba. No estaba acostumbrada a conducir sola largas distancias fuera de la ciudad, pero la ocasión lo merecía. Mientras tanto yo me había leído *La tesis de Nancy*.

A las ocho de la mañana tomé la autopista sur, que me llevaría a la Cádiz californiana. A las diez llamaba a su piso, en una zona residencial cerca del parque Balboa y del mar. Me abrió él mismo. Me sobrecogió su cara de sorpresa en el umbral, como si yo no fuera la persona que él esperaba, como si no me hubiera citado solo cuarenta y ocho horas antes, como si hubiera cancelado su cita y la noticia no me hubiese llegado. Yo no podía resultarle tan desconocida, ya que en la primera página de mi libro figuraba un retrato mío —pintado a partir de una foto por Enrique Pavón, que al año siguiente ganaría la Bienal de Sevilla—. Aunque en realidad me decían que no me parecía, a lo que yo respondía que Enrique había pintado la cara de mi alma. De todas formas, me hizo pasar. Estaba solo. Nos sentamos uno frente al otro. Primera pregunta: por qué yo había llegado a él de mano de Rosa Elvira, siendo mucho mejor poeta que ella. Por supuesto, no expresé mi repulsa hacia la presión que ella había ejercido sobre mí con el achaque de que yo era alcalareña.

El clasicismo de Rosa Elvira oscilaba entre la versificación rimada del Siglo de Oro y la del XVIII, pero era la mejor poeta en español de toda la zona. Compararme con ella era el linimento paliativo para encajar que la mía era una «poesía maldita». La verdad es que el libro que me iba a prologar es el más duro de los míos. Cuando, entre diez y doce años más tarde, de regreso ya en Alcalá, me empapé de toda la literatura senderiana —excepto algunos libros de la saga «Nancy»—, descubrí en *Crónica del alba*, para mí su obra maestra, que en su etapa de boticario él mismo había protagonizado algo semejante aunque mucho peor.

Puso un especial interés en don Fernando de los Ríos, que había prologado mi primer libro, creyéndolo el gran político, escritor, ministro, embajador y amigo suyo. Me extrañó su confusión, porque cronológicamente no coincidían. Le aclaré que este Fernando de los Ríos era un poeta sevillano, sobrino de aquel y cronista oficial de Alcalá, que sin yo conocerlo siquiera se había ofrecido a escribir el prólogo de mi primer libro. Creí leer en sus ojos un atisbo de decepción, quizás un giro en su intención de prologarme.

Me habló luego de su primera esposa, asesinada durante la Guerra Civil, de su exilio y del de sus hijos, del éxodo por países hispanos, de su esposa mexicana, que, aunque estaban separados, por lo visto vivía también en San Diego y le seguía cuidando.

Su amistad con Luz Watts, que tenía marido y vivía a medio camino entre Los Ángeles y San Diego, era vox pópuli. Yo ignoraba entonces que habían viajado a España juntos en 1974 para promocionar su literatura.

Sobre las doce de la mañana consideré que no debía tomar más tiempo del anciano hombre de letras, que jadeaba al hablar, y que tan inquieto y molesto me

había parecido desde la primera impresión. Me detuvo diciéndome que aún esperábamos a un matrimonio y que nos invitaría a comer fuera. Pronto llegaron el doctor Julian Palley y su esposa, ambos profesores de universidad. Años después Palley publicaría un libro de poemas en la colección que yo había creado y dirigía para la SIADE (Sociedad Iberoamericana de Escritores de los Estados Unidos).

Mi sorpresa se disparó por esa invitación, precisamente el día que teníamos la entrevista para el prólogo de mi libro. Antes de salir dedicó un libro suyo al doctor Palley. A mí no. Sabía que yo era una analfabeta de su literatura y sospechaba que todo lo que había leído de él era *La tesis de Nancy* con motivo de nuestra entrevista, y así era.

Nos llevó a un restaurante mexicano. Los Palley se marcharon con el postre entre los dientes. Pasamos a tomar café en la terraza, donde me enzarqué en el relato de la importante historia de Alcalá, mencionando su fortaleza almohade, etcétera. Me escuchaba en silencio; sus ojos, protuberantes por la asfixia, clavados en los míos, me hicieron apercibirme de mi catetada, tan falta de tacto.

De allí nos fuimos a un cine especial que proyectaba una película sobre el universo que me fascinó. Eso solo se le hubiera ocurrido a un gran intelectual como él. Continuamos con un paseo por el parque Balboa, donde se celebraba una feria. Cada vez que nos parábamos en un *stand* me ofrecía adquirir alguna cosa, que yo rechazaba, apabullada por su generosidad. Fue entonces cuando me dijo que no me parecía en nada a mi amiga Rosa Elvira, «tan caprichosilla».

Empezaba a anochecer cuando entramos en una sala de fiestas en la que actuaban mariachis mexicanos y artistas flamencos españoles. Allí Sender recibía el homenaje y el cariño del elenco y del público. Yo observaba cómo me recordaba a Hemingway, tanto en sus maneras como físicamente. Tal vez la sala de fiestas y el restaurante eran de su propiedad.

Serían ya las diez de la noche cuando tomé la autopista de vuelta a Los Ángeles. No recibí ninguna excusa ni negativa sobre mi prólogo, que nunca llegó. Yo culpaba de ello a Luz Watts. La clave estaba en qué había ocurrido entre mi cita telefónica con Sender y mi aparición ante el umbral de su puerta cuarenta y ocho horas después. Luz se habría enterado de esa cita y del compromiso del escritor con respecto a mi prólogo, y no le habría gustado. De ahí la sorpresa de él al verme, y su incomodidad. Tal vez le había encargado a ella misma que lo cancelase y no lo hizo.

Si me consideraba mejor poeta que Rosa Elvira, no veía por qué no iba a querer escribirme el prólogo. Si no encontraba mis poemas dignos de su pluma, su negativa inmediatamente antes de la cita hubiera sido perfecta.

También Rosa Elvira había sido amiga íntima de don Ramón, seguramente antes o a la vez que la Watts. No se me ocurría que alguien pudiera tener celos de un anciano de ochenta años, enfermo de asma, mayor que mi papá. Por lo visto, Rosa Elvira me había usado contra Luz, y de ahí el enfado de esta. He tardado treinta

años en averiguar que yo había sido una bolita metálica rebotando desde el vacío interior contra las tres barras de un triángulo amoroso.

Mi prólogo lo escribí yo misma, como tenía pensado hacía tiempo. El libro ya se exhibía en algunas librerías hispanas de Los Ángeles y alrededores. Había pasado más de un año desde que mi prólogo y mi amistad con don Ramón habían sido abortados. Feliz, la doctora Watts me invitó a un simposio sobre la hispanidad en la Domínguez Hills University en el que don Ramón era el invitado de honor. Estaba con el cónsul de España. Lo noté muy desmejorado. Saludé a ambos con toda cortesía.

Muy poco tiempo transcurrió hasta que el cónsul me telefoneó a mi oficina para comunicarme su fallecimiento y encargarme que organizara su homenaje póstumo entre todas las universidades de California, para lo que me dio solo dos días. Acepté porque era la directora cultural de la Casa de España, porque él había sido un gran hombre de letras españolas y por la imponderable obsequiosidad con que me había tratado en nuestra entrevista, sabedor de que era lo único que iba a obtener de él. Y, si me había fallado como prologuista, quiso demostrarme toda su caballerosidad para con una dama.

Yo estaba en periodo de prueba en mi nuevo trabajo, en un alto edificio de la Main Street de Santa Mónica, muy cerca de casa. Ni siquiera necesitaba el coche. Me había aceptado un agradable ejecutivo uruguayo que era mi jefe. En mi oficina acristalada el teléfono no dejaba de sonar. Yo sabía a lo que me estaba exponiendo.

El homenaje fue un éxito de público y calidad de participantes. Se desplazaron representantes de muchas universidades y asistieron todos los cónsules hispanos. El doctor Rubia Barcia, decano del Departamento de Español y Portugués, pronunció la conferencia principal sobre *Réquiem por un campesino español*. Empezaba a conocer la auténtica literatura senderiana, que no completaría hasta mi regreso a España. Clausuró el acto Luz Watts, con un poema suyo dedicado a él y titulado *Fiat Lux*.

Cuando aquel fin de semana me entregaron el cheque de despedida no pregunté por qué. Apenas tuve tiempo de cobrar el desempleo. Me aceptaron en una compañía de administración de edificios que estaba muy cerca de casa y buscaba a alguien que pudiera ocuparse del proceso de informatización de la contabilidad. Fui la encargada del departamento y de enseñar a los demás. Así entré en el apasionante mundo de la cibernética, que ha achicado las carabelas de Colón y la huella del pie del hombre en la Luna. Trabajar había dejado de ser tal cosa para convertirse en un juego adictivo. Los fines de semana y las vacaciones lo echaba de menos.

Don Ramón, que acababa de llegar al cielo, y a la Luz Eterna conocía el segundo desaguado que me había ocasionado, mucho peor que el primero, había intercedido por mí.